

La epopeya de la clausura

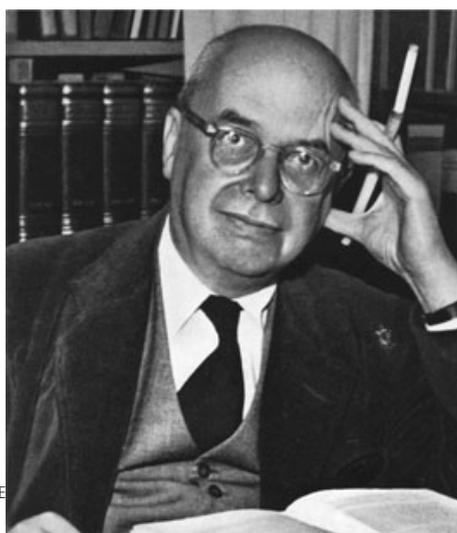
Una página sobre E. R. Curtius

Christopher Domínguez Michael

Hace ya algo más de cincuenta años, el 19 de abril de 1956, murió en Roma Ernst Robert Curtius, y nunca saldrá sobrando recordarlo como el maestro que encarnó a la hospitalidad intelectual, uno de los poquísimos críticos literarios para quien todas las literaturas de origen europeo compartían idéntica importancia, en tanto hijas de la latinidad. En el canon de Curtius, un alsaciano de lengua alemana nacido en 1886, tenían el mismo rango Edmund Spenser que Calderón de la Barca, Goethe que Ortega y Gasset, Joyce que Ramón Pérez de Ayala, André Gide que Unamuno, y, por supuesto, Shakespeare que Dante. Curtius le tuvo, también, debilidad a escritores que han sido bajados del santoral, como Romain Rolland. A dibujar esa constelación se dedicó Curtius en *Ensayos críticos sobre la literatura europea* o *El espíritu francés en el siglo XX*, ambos traducidos al español, ejemplares que aguardan al lector en las librerías de viejo.

Hablar de Curtius es remitirse a su confianza inquebrantable en un espíritu europeo que, fundado en el matrimonio duradero entre Francia y Alemania, sobreviviría a las dos guerras mundiales, al cruento y pestífero nacionalismo que el maestro no sólo rechazó por razones morales: lo dismanteló, intelectualmente, con audacia, precisión y claridad, tocando tierra en ambas orillas del Rin.

Resolvió Curtius la dialéctica entre lo universal y lo particular destacando que, tal cual lo habían dispuesto los viejos países cristianos, el énfasis en lo nacional permitía la vigencia de los imperios espirituales. A Curtius, autor de páginas pioneras y brillantísimas sobre el *Ulises* de Joyce, no le importaba depositar su fe de europeo en Carlomagno. Medio siglo después, cosas



que a veces suceden, el sueño de Curtius se cumplió en la Unión Europea, que habría de reconocerlo entre sus profetas. Un libro como *Literatura europea y Edad Media latina* (que Margit Frenk y Antonio Alatorre tradujeron en 1955 para el FCE), escrito durante los años del nazismo, es un monumento que, como las grandes catedrales, ha sabido sobrevivir alimentándose de todo aquello que habría podido destruirlo.

La latinidad, idea central en Curtius, provenía de la Acción Francesa y su creencia en el valor misterioso de la creación artística manaba de Stefan George, el poeta místico que lo tuvo entre sus discípulos. George, mitad Drácula y mitad ángel, se burlaba del afrancesamiento de Curtius, pues en Francia, le decía, todo es público y nada puede ser secreto. Al cabo de los años Curtius publicaría el *Essai sur la France* (1932), un librito cuya magia es decirlo casi todo sobre ese país que al alemán le parecía más que un imperio, una cultura o una raza, una persona. Y a Curtius, debido al hondo conservadurismo de sus fuentes religiosas e intelectuales, no lo tentó el nazismo. Conservador y liberal, “doble crimen en los tiempos que corren”, según dijo en 1933, Curtius, como todos los profesores

alemanes, hubo de prestar juramento a Hitler. Vigilado y censurado, permaneció en la emigración interior, salvaguardando en la filología esa latinidad que el nazismo se empeñaba en destruir en nombre de una fraudulenta mitología aria, tal cual lo dice Michel Beretti en el prefacio al *Balzac* (1933), de Curtius, otra de sus obras capitales que aguardan su traducción al español.

Curtius no sólo fue una de las autoridades intelectuales de la Europa de la entreguerra, amigo de Gide y personaje de su *Diario*, contertulio de las Décadas de Pontigny, ese espacio de discusión internacional insólito en aquellos tiempos. Fue el príncipe de los profesores, uno de quienes conservaron viva a la tradición humanista. Formado en la universidad de Berlín y maestro en la universidad de Bonn, figura capital en la historia de la literatura comparada, no fue Curtius, especialista en sánscrito, de aquellos que no creen que el dominio de las lenguas antiguas autoriza la pedantería y el desdén obruso, tal cual lo prueban los clarividentes artículos, corteses y profundos como los llamaba Charles Du Bos, que el sabio alemán publicaba en la *Nouvelle Revue Française* y que dieron cuerpo a varios de sus libros. Y en fecha temprana, polemizando contra Karl Mannheim, Curtius advirtió los enormes riesgos que corría la enseñanza de la literatura si quedaba subordinada, como acabó por ocurrir en tantos claustros, al imperio de la sociología. Aparecido en alemán en 1947, *Literatura europea y Edad Media latina* es para la crítica literaria lo que *La muerte de Virgilio*, de Broch y *El doctor Faustus*, de Mann son para la novela, es decir, batallas triunfales contra la furia de los tiempos, obras nimbadadas con el perfume de eternidad propio de la verdadera belleza. **U**